



LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN NACIONAL

John William Cooke
(Prólogo de **Javier Iglesias**)

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DEL PRESENTE TRABAJO PUBLICADO
EN 1995 POR LAS EDICIONES GUERRA GAUCHA

Teorico y dirigente del peronismo revolucionario, máximo responsable de la Resistencia insurreccional peronista contra la Revolución Fusiladota, designado por el General Perón como su único heredero político en caso de muerte, combatiente en Cuba contra los “gusanos” proyanquis de Playa Girón, presidente de la delegación argentina de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), amigo personal del “Che” Guevara, creador de “Acción Revolucionaria Peronista” (ARP)... todo ello hace a John William Cooke una de las figuras más fascinantes de la Revolución Nacional y Popular argentina; un revolucionario de dimensión continental, que supo combinar la acción con el pensamiento, la organización clandestina con la teoría política.

El presente trabajo, leído en el Congreso de la Liberación Nacional realizado en Buenos Aires en noviembre de 1959, es de suma importancia porque recalca el carácter antiimperialista y anticapitalista del Peronismo y el hecho de que, en Nuestra América oprimida, no hay nacionalismo posible que no sea, a la vez anticapitalista. Tesis de suma importancia que afirma –conviene recalcarlo– antes de que la Revolución Cubana se definiese como socialista.

Javier Iglesias

LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN NACIONAL

Un clima de rebeldías individuales puede durar indefinidamente sin afectar al régimen que las provoca. Solamente cuando la rebeldía está coordinada y encauzada en un movimiento de liberación adquiere la eficacia necesaria para luchar con éxito. Al análisis de esa organización, a precisar dentro de lo posible sus límites humanos y doctrinarios y a fijar las condiciones para su victoria eventual tiende este trabajo.

Si solamente se tratase de formular un programa con destino a la fuerza política a la que pertenezco, la tarea sería más fácil y mis enfoques ganarían precisión: expondría con vistas a un Movimiento unido en torno a una jefatura indiscutida, con mi alto grado de disciplina y cohesión basadas en la comunidad ideológica y en motivaciones sentimentales. Pero, de la misma manera que declaro que no puede haber *liberación* sin el peronismo, reconozco que tampoco podrá hacerla exclusivamente el peronismo. La tarea requiere una movilización popular muy vasta, una gran política de masas orientada por un programa que sea, al mismo tiempo, inflexible en el mantenimiento de ciertos principios fundamentales y suficientemente amplio como para superar los particularismos ideológicos de sectores que coinciden en el propósito común.

Por eso, lo primero a considerar es cuál sea ese propósito común. Si únicamente se buscara terminar con este gobierno que nos oprime y nos avergüenza; deberíamos actuar en común con casi todos los partidos del país que, con diferentes grados de agresividad, proclaman su oposición al mismo y buscan diversas formas de cambiar su política, desde las persuasivas hasta el cuartelazo. Si, en cambio, deseamos eliminar las posibilidades de que existan un gobierno semejante y una política semejante, entonces hay que prescindir de muchos aliados circunstanciales.

La cuestión nacional

Todo planteo para la lucha debe partir del conocimiento de nuestra situación de país semicolonial, integrante de un continente semicolonial. La crisis económica, política y social que los sirvientes de la oligarquía terrateniente argentina y de la Gran Bretaña crearon y desarrollaron hasta sus últimas consecuencias a partir de setiembre de 1955, se descarga en una “solución” a costa de las grandes masas populares. Para comprender el sentido criminal de la política Prebish-Frigerio-Alsogaray hay que recordar que el futuro nacional depende de la superación de la contradicción económica, política y social entre la entidad nación-pueblo y la unidad oligárquico-imperialista. Esa contradicción, en el orden económico, se manifiesta en las exigencias —cada ciclo crecientes— del desarrollo industrial y por las posibilidades —cada ciclo decrecientes— de una economía agropecuaria desarrollada para servir los intereses de la entente formada por el grupo de monopolistas de la tierra (explotadores de la renta e invernadores de la provincia de Buenos Aires y la llamada zona cerealera), el comercio importador de la Capital, los grupos industrializadores de la carne y Gran Bretaña. El golpe reaccionario del 16 de setiembre fue un serio esfuerzo para restaurar el antiguo sistema de la entente. El imperialismo yanqui y la gran burguesía industrial lo apoyaron, en definitiva, colocando por encima de toda otra consideración la necesidad de echar abajo un gobierno popular basamentado en la clase obrera.

En las elecciones de 1958 el equipo setembrino perdió el poder político, pero haciendo uso de la fuerza que conservaba presionó hasta lograr que el gobierno adoptase una línea de acción consecuente con las necesidades de la oligarquía. Algunos teóricos

provenientes de la izquierda, partiendo de la tesis exacta de la decadencia del imperialismo, hicieron la apología de un plan de desarrollo económico bajo la hegemonía de los Estados Unidos. Desde sus posiciones burocráticas ignoraron que las concesiones al imperialismo estadounidense no impidieron nuevas concesiones a Gran Bretaña, por cuanto la Argentina es zona de “coexistencia” entre las potencias coloniales anglosajonas.

El actual equipo económico ha prescindido de la terminología pseudo-izquierdista y habla con una claridad que demuestra que no tiene, en ese sentido, mala conciencia: a diferencia del presidente y su primer elenco, no ha traicionado ninguna fe jurada, pues nunca simuló servir la causa popular.

El ingeniero Alsogaray acaba de afirmar que la prédica antiimperialista constituye una “pamplina”, siguiendo en eso la línea de pensamiento de la gran prensa comercial. La clase dirigente argentina —tanto la que participa del gobierno como la que está fuera de él o contra él— practica todas las astucias del “idealismo burgués”. La verdad objetiva del imperialismo impidiendo el desarrollo armónico independiente de las veinte repúblicas latinoamericanas es algo que no debe difundirse ni comprenderse. Por lo tanto, niegan esa verdad. Desgraciada mente, el imperialismo está presente en la estructura política de América Latina, con sus veinte soberanías teóricas encubriendo la deformación geográfica y el infraconsumo.

Cualquier política de liberación debe ser, por sobre todo, antiimperialista. La oligarquía nativa es un subproducto que solamente será eliminado cuando se liquide la influencia del imperialismo. La lucha, entonces, es de *liberación nacional*, para liberar al país y alcanzar su triunfo definitivo en el momento, aún lejano, en que América Latina constituya una unidad real y libre de la opresión de los grandes centros cíclicos.

La oligarquía intenta distraer la atención del pueblo de este núcleo central de la problemática americana, ya sea negando la existencia del imperialismo, ya sea superponiéndole otros que, con la ayuda de la maquinaria de propaganda, presenta como más urgentes o fundamentales. Es así como quiere desviar las energías de la liberación hablando de la defensa de Occidente, o de la supervivencia de los valores culturales greco-latinos. De paso, puede arrojar la sospecha de comunista sobre cualquiera que persista en agitar las causas reales de la inferioridad americana.

No hay operación mental que pueda convencer a una masa alertada de que esos valores culturales, políticos y religiosos están identificados con posiciones prácticas en la lucha por la hegemonía mundial y el mantenimiento de los mercados. Si los franceses en Argelia o los ingleses en Kenia son los representantes de un orden ético-cultural, entonces la conclusión sería desear cuanto antes la quiebra de ese sistema y no la solidaridad con los “cruzados” de la civilización occidental. Los países imperialistas crean *slogans* espiritualistas para encubrir la expoliación colonial, pero los pueblos han alcanzado ya un alto grado de madurez y saben que la única división mundial auténtica en este siglo es la de países oprimidos y países opresores. Las masas latinoamericanas no pueden hacer causa común con los verdugos, porque ellas también están en la lista de las víctimas.

El peronismo planteó, por primera vez, la posibilidad de un antiimperialismo práctico, desarrollado en medidas concretas que comprendían un sistema defensivo. Al antiimperialismo romántico y teórico en que tuvo que refugiarse la generación precursora de Ugarte, y al antimperialismo parcial, inorgánico, sentimental de Yrigoyen, sigue un antiimperialismo práctico y formando parte de un sistema coherente apoyado en las masas desposeídas. Analizar si llegó hasta el límite de sus posibilidades en la contingencia histórica en que le tocó actuar, es materia ajena a este trabajo. Mientras la

idea esfumada y retórica del “mundo nuevo” que proclamó Yrigoyen atrajo a una parte magnífica de la juventud argentina que le dedicó, sin éxito, sus esfuerzos, las instituciones que manejaba la oligarquía y su propio partido la arrinconaron en el osario de las buenas intenciones. El antiimperialismo posterior a 1945 no solamente fue la primera realización amplia en el terreno práctico, sino que terminó con la servidumbre intelectual. Las enseñanzas de los maestros como Scalabrini Ortiz se incorporarán al lenguaje y a los objetivos del pueblo. La composición social del peronismo dio la única base posible para la lucha efectiva: el proletariado y los trabajadores del campo.

Tan profundo fue el cambio, que el principal partido opositor, la Unión Cívica Radical, no pudo persistir en su programa y en su lenguaje pre-peronista: en su seno triunfó la línea yrigoyenista. Aunque su formulación tenía semejanza con la del peronismo, eso no implicó, sin embargo, que se hubiese producido una aceptación real de los nuevos puntos de vista: el programa, en realidad, estaba “arrinconado en un folleto”, como tuvo que reconocer el propio Lebensohn.

En estos momentos en que los partidos políticos intentan especular con la gran masa proscrita, en muchos documentos y discursos aparece el problema imperialista. Pero se ve que es un lenguaje postizo para atraer incautos.

La lucha por la liberación parte, entonces, de la determinación del enemigo real; el imperialismo, que actúa a través de la oligarquía nativa y de los engranajes políticos, económicos y culturales a su servicio.

En primer plano aparecen, indisolublemente unidas, la cuestión nacional y la cuestión social. Una no puede resolverse sin la otra.

El carácter revolucionario de la lucha

Si tomamos como punto de partida que la liberación no se consigue derrotando al grupo gobernante sino terminando con la dominación imperialista —y no otra puede ser la conclusión después de desarrollarse el temario del Congreso para la Liberación Nacional— se perfila, con bastante nitidez, el carácter de la lucha en que estamos empeñados.

El gobierno, al proscribir la fuerza política mayoritaria, ha cerrado el camino para las soluciones electorales. El procedimiento desmiente en los hechos las declamaciones democráticas de la oligarquía gobernante, pero responde a la férrea lógica interna que preside sus acciones.

El régimen establecido por la Constitución de 1853 constituye la aplicación local del sistema de instituciones del capitalismo, entonces en pleno ascenso. Se debilita al Estado con el argumento de asegurar la libertad y la igualdad de los ciudadanos, pero al mismo tiempo para excluirlo de toda intervención en el terreno de los hechos económicos, donde la burguesía ha reemplazado las formas feudales. Las multitudes populares no pueden ejercer los derechos que teóricamente le otorgan las constituciones, salvo en una sola dirección la que favorece el control del Estado por parte de la clase pudiente. Cuando, como sucedió en Francia en 1848 y 1870, el pueblo reclama por el despojo, el propio Estado se encarga de reprimirlo inmisericordemente.

Este proceso, perfectamente estudiado desde muchos ángulos, adquiere características peculiares en América Latina. La República Argentina toma de la Constitución de Filadelfia —que fue una Constitución estudiada y sancionada por ricos— todo el mecanismo que asegura la mínima participación popular en el manejo del Estado: elección indirecta de presidente y senadores, frenos y controles, poder

judicial, etcétera. Los comentaristas y redactores de la Constitución norteamericana fueron bien explícitos en el sentido de que ellos concebían la democracia como un gobierno de las elites. La oligarquía, consecuente con los puntos de vista que ha sostenido a través del grupo rivadaviano, trasplanta esos principios e instituciones. Si, como sucedió a veces, el sistema amenazaba dar resultados adversos a los previstos, entonces la clase dirigente hace trampas: veta candidatos (como sucedió después del año 30) o recurre al fraude electoral; a partir de 1955, impide que el Partido Peronista concorra al comicio.

La primera línea de defensa de la casta dominante está ubicada en el sistema del 53, que otorga libertades políticas a cambio del respeto por la organización que permite el mantenimiento de las desigualdades sociales. Cuando esa línea es rebasada, está la segunda línea del fraude, cuya característica moderna consiste en la calificación apriorística de cuáles fuerzas son democráticas y cuáles no. Esto es, como he dicho, lógico. Una clase dominante no abandona sus ventajas ni siquiera por consecuencia con sus propios principios políticos. Es otro caso de “idealismo” burgués: se defiende la “Libertad” como idea platónica y desencarnada, pero en el terreno vulgar de la práctica se desconoce la condición de libres a los que ponen en peligro los privilegios. La oligarquía no solamente es dueña de las cosas: también es dueña de las palabras. “libertad”, “democracia”, “moral” figurarán cuantas veces sea necesario en un decreto que dé el zarpazo a las libertades civiles argentinas. La democracia y la libertad se definen a partir del mundo de valores liberal-burgués; por lo tanto, cualquier tentativa de sustituir la explotación económica por sistemas más justos de distribución de la renta nacional está al margen de la convivencia. El Estado debe ser indefenso frente a los poderes del dinero y despiadado en la represión de los rebeldes.

En los grandes países industriales el régimen liberal funcionó sin mayores perturbaciones durante muchos años porque la prosperidad general, obtenida mediante el desarrollo de las fuerzas productivas y la expansión imperialista, permitía una mejora constante de los niveles de vida. Eso explica el carácter reformista de muchos partidos obreros de Europa, que se beneficiaban con parte de los ingresos provenientes de la depredación colonial.

En los países coloniales como la República Argentina, donde un alto porcentaje del producido nacional se desvía hacia las capitales financieras, el régimen liberal sólo sirve a la oligarquía, cuyo enriquecimiento es resultado de su comunidad de intereses con el imperialismo, mientras el país y el pueblo se empobrecen. Ese orden de injusticia permanente impuesta a través del sistema es propiciado por una serie de estratos que lo defienden: desde la prensa comercial, los grupos profesoraes, los intelectuales cipayos, la masonería, hasta los partidos políticos llamados “tradicionales”. Una parte de la pequeña burguesía siempre se alinea con la opresión, ya sea porque cree ejercer una parte del poder social, ya sea por influencia de la propaganda que masivamente se descarga sobre ella desde hace un siglo.

Las clases dirigentes y parte de la pequeña burguesía del país colonial adoptan los esquemas mentales impuestos por el país dominante, y ello por varias razones: porque los intereses están vinculados a los del imperialismo; porque se consideran parte integrante del mundo cultural al que esas ideas responden, mundo del cual creen participar merced a su sedicente superioridad intelectual sobre el resto de la población; porque se encandilan con el relumbrón del pensamiento europeo o norteamericano, sin entrar a considerar que responden a contingencias que son en muchos aspectos antitéticas de los intereses nacionales.

Los parias de la India, intocables de última categoría, son los primeros en creer que una maldición los oprime y los hace inferiores al resto de los demás mortales; por eso viven una existencia semibestial, aniquilada en ellos toda esperanza de mejoramiento. El mismo proceso espiritual se opera en un país colonial, que acepta un sistema de castas económicas en el que le corresponde el peldaño inferior de la escala. Pero este caso es aún peor, porque el paria se resigna pasivamente a lo que cree una fatalidad ineludible, mientras que la mentalidad colonial no se limita a proclamar lo inevitable de su servidumbre: declara, además, que es conveniente y que de ella provienen infinitas venturas.

Las fuerzas que actualmente gobiernan son *liberales*. No son, aunque traten de confundir los términos, *democráticos*. La oligarquía ya está en su segunda línea de defensa, pues debe defender al liberalismo aun a costa de medidas antidemocráticas. No pueden coexistir pacíficamente un movimiento de liberación nacional y las instituciones liberales, que son una estructura jurídica que protege un sistema determinado de organización económica para beneficio del capitalismo extranjero y nativo.

El liberalismo ha sido elevado a la categoría de verdad eterna por los poderes del privilegio, envolviéndolo en el incienso de la retórica idealista. Pero un sistema jurídico-económico es simplemente “una elección humana convertida en situación”. Es contingente y determinado histórica y geográficamente. Las soluciones al drama nacional exigen la caducidad de estas estructuras, *lo que constituye una revolución*.

No somos fuerzas del desorden, porque el orden que combatimos se identifica con intereses y privilegios y el orden a que aspiramos no puede instaurarse dentro del régimen liberal por dos razones: 1º) porque el esquema liberal excluye la revolución, que es una modificación del *statu quo* existente; 2ª) porque el régimen liberal es el instrumento de la opresión y el problema nacional implica la liquidación de la oligarquía como clase y la libertad frente al imperialismo.

La oligarquía, apoyada en instituciones superadas por las circunstancias históricas, impone una tiranía que debe ser derribada junto con todas sus estructuras. *La lucha de liberación es, por lo tanto, revolucionaria, así como nacional y social.*

Los partidos políticos como tales están excluidos del Frente de Liberación

Concretadas las características de la lucha y su profundidad como proceso de transformación, queda limitada también la extensión del agrupamiento de fuerzas que la llevarán a cabo. Si es una guerra “contra” el régimen, no podemos contar con los que combaten al gobierno “dentro” del régimen. *Combatimos contra el sistema, y no contra Una de sus variantes.*

Los partidos políticos, por más violentamente opositores que se demuestren, integran la misma situación que denuncian, forman parte de ella. Son rebeldes tolerados, aunque ahora adopten el lenguaje de las fuerzas populares y quieran nutrirse de ellas. Con eso, distraen hacia escaramuzas sin importancia las tropas que deben concentrarse para la batalla central.

Los partidos no buscan la destrucción de las estructuras económico-sociales, sino que las defenderán contra el pueblo, como lo han hecho siempre. Si ahora se sienten repugnados por las proscripciones, hay que recordar que esa táctica se inició con la tiranía militar, a la cual prestaron apoyo incondicional, reservando algunas críticas anodinas para asuntos no fundamentales.

Integraron la Junta Consultiva, ese mamarracho que los propios tiranuelos militares despreciaban y sólo tenían en cuenta cuando se expedía como ellos querían, y allí intercambiaron sonrisas, zalamerías y bromas de solteronas con el vicepresidente de facto, por sobre el cadáver de los argentinos fusilados por defender sus convicciones. En el seno de ese organismo dieron una inicial lección de fervor democrático, expulsando a los primeros que se manifestaron en desacuerdo con el golpe de palacio del 11 de noviembre.

La entrega al imperialismo no comenzó con Frondizi-Frigerio sino con los militares setembrinos. Pero entonces, los partidos nada dijeron. Ahora protestan contra el plan económico con sospechoso fervor de recién llegados al antiimperialismo y pretendiendo que el pueblo se olvide de que participaron en la revolución del año 30, que durante la “década infame” consintieron la entrega, culminando con la Unión Democrática bradenista y, diez años más tarde, con el festín de la revancha oligárquica.

Esos partidos son amorfos, vacíos de contenido. Lo cual no es una característica local sino fenómeno común en América Latina. Son el producto de cien años de deformación colonial, en cuya órbita giran dócilmente.

El Partido Conservador —con su diversa nomenclatura— es tradicionalmente el representante directo del privilegio. Los conservadores son coherentes en el pensamiento y en la acción, actúan con total solidaridad de clase y aceptan con displicente cinismo cuanto convenga a sus intereses. La oligarquía conservadora del pasado tenía, dentro de su nefasta trayectoria, cierta grandeza y elegancia. La actual sólo ha conservado la rapacidad. El prurito de un conservador es considerarse “correligionario” de Churchill, de Eden y de McMillan (así como los socialistas se consideran “correligionarios” de Gaitskell y Bevan), de acuerdo con la modalidad extranjerizante de ver las cosas argentinas como reflejo de lo europeo. Eso lo convierte en un imitador simiesco, en un “guarango”. Del conservador británico es un sirviente fiel, hábil para el manejo de los intereses coloniales. El inglés permanece fiel al sistema de democracia parlamentaria que le aseguró durante tres siglos el predominio económico del mundo. El argentino, después de copiar servilmente las instituciones anglosajonas, las desvirtuó sistemáticamente mediante el fraude, elevando el delito a forma de acción política.

Pero la oligarquía no actúa exclusivamente a través de los conservadores, sino que encuentra defensores —conscientes e inconscientes— en las demás agrupaciones políticas. Decir que el radicalismo es igual a los partidos conservadores sería incurrir en una simplificación demasiado grosera e ignorar, maliciosamente, el papel cumplido por la Unión Cívica Radical en la historia política del país. Pero, a esta altura del desarrollo nacional, hace mucho que ha dejado de ser una fuerza de progreso para convertirse en el pilar de la ideología liberal-burguesa y en un engranaje del sistema opresor. Con esto no estoy calificando a cada radical ni siquiera a cada dirigente. Pero la política es una ciencia objetiva y un arte objetivo: ya sea que cada uno de ellos crea o no que la nebulosa retórica radical tiene alguna relación con la solución de los problemas nacionales, lo objetivo es que el Partido Radical viene luchando desde años atrás contra los intereses populares. Tal vez en esa fuerza política, más que en las otras, el “idealismo liberal” haga prosélitos sinceros que actúan, en el mejor de los casos, como auxiliares de los verdugos.

El Partido Socialista forma, junto con los conservadores, la columna vertebral de la política colonialista. Cuando gravitaban en el movimiento obrero lo encauzaron hacia la mansedumbre reformista, desviándolo de sus verdaderos objetivos como clase y enfrentándolo con las medidas que defendían la soberanía nacional. Ahora son los teóricos de lo que el Barrio Norte entiende por “progresismo”: por eso el asfalto los vota

sin temor a que comprometan el orden social. Antiguamente, muchos jóvenes de familias no proletarias se hacían anarquistas o socialistas para luego, con los años, evolucionar hacia los partidos conservadores. El Partido Socialista actual les ahorra toda esa peregrinación.

Los programas que cada partido enuncia, son formulaciones que solamente tienen valor en la medida en que se traduzcan en el orden de los hechos políticos. Todos los partidos aparecen como objetivamente son, cuando confluyen a la Unión Democrática. La Unión Democrática es algo más que un caso circunstancial de acción política promiscua: es una posición ideológica proimperialista, pseudo democrática, extranjerizante, que señala la uniformidad real de los partidos por encima de los rótulos y enunciados diferenciadores. Las palabras-clave de la ideología liberal —“libertad”, “democracia”, etc.— hacen de mágico conjuro cada vez que hay que convocar bajo banderas extranjeras. Entonces los conservadores marchan con los radicales, las “izquierdas” con las derechas, suprimidas automáticamente las barreras doctrinarias artificiales. Así, fueron belicistas durante las dos guerras mundiales, antiyrigoyenistas en el 28 y en el 30, bradenistas en el 46, golpistas en el 55.

Cuando en diciembre de 1956 centenares de hombres y mujeres esperaban en la cárcel un acto de justicia que los devolviese a sus hogares, uno de los máximos representantes del conservadurismo habló por radio para demostrar, mediante invocaciones patrióticas y citas del Evangelio, que no debía concederse amnistía. Un dirigente demócrata progresista afirmó que las cárceles del país no estaban pobladas por presos políticos sino por delincuentes comunes. También sostuvo que el imperialismo no existía: eso le valió la crítica de la juventud de su partido, la que, a su vez, fue llamada al orden por el comité central que se solidarizó con el orador revanchista.

Los socialistas, que todos sabemos que son mansos y maleables, se caracterizaron por el histerismo feminoide con que reclamaron más persecución.

La tiranía setembrina pudo encarcelar, torturar, fusilar y robar sin que los partidos políticos protestasen. No fue simplemente por oportunismo y cobardía, sino porque forman parte de la unión sagrada oligárquico-imperialista contra el pueblo y la patria. Desde la Junta Consultiva, los últimos trastos del cambalache político jugaban a representar al pueblo y servían a la revolución de los ricos contra los pobres.

Este inventario de infamias podría prolongarse durante muchas páginas, y no tiene por fin reavivar agravios sino demostrar el odio general de los partidos políticos por el movimiento popular. La adhesión a la oligarquía y la ferocidad contra lo popular es el punto de coincidencia.

Para la oligarquía, todo lo sucedido entre 1945 y 1955 fue un gran error, producto de la falta de educación del pueblo. A las masas no hay que darles libertad, sino educarlas para que en una etapa posterior sepan utilizar la libertad votando por los partidos del orden. Es la tesis común a las fuerzas de opresión. “Gleba electoral”, dice en un documento la UCR del Pueblo, refiriéndose a la ciudadanía que los repudia sistemáticamente. Intelectuales y políticos quisieron imponer al pueblo una mentalidad de vencidos, apoyándose en teorías del resentimiento y del posterior sentimiento de culpa. Esa creación psicoanalítica, tan cara a los norteamericanos para explicar la actitud actual de los alemanes después del apoyo al hitlerismo, se trasladó a nuestra tierra junto con las leyes de “desnazificación”. Borges expuso en conferencia la tesis que nos presentaba como un pueblo derrotado —lo que en verdad éramos— y con complejo de culpa, lo que era una creación de literatura fantástica. Américo Ghioldi desarrolló el tema, y aunque es un pequeño-burgués positivista, no tuvo inconvenientes en citar a

Jaspers, el filósofo de lo trascendente. Lo que no es extraño, pues Jaspers coincide en que la masa es amorfa, vacía, irresponsable, con un bajo nivel de conciencia. La reconciliación del positivismo con el espiritualismo, del socialista con el defensor de la sociedad jerarquizada se realiza sin dificultades porque, en definitiva, ambos defienden lo mismo: las elites del poder económico contra la masa, tan ignorante que no vota por los socialistas.

Sería muy fácil seguir agregando razones para demostrar que los partidos políticos tradicionales no forman parte del Frente de Liberación, por la sencilla razón de que están en la trinchera enemiga. No desean terminar con la opresión, sino cambiar la mentalidad de los oprimidos.

Pero aun en el seno de esos partidos repercute el grito angustiado de la Nación en cadenas, y muchos abandonaron sus filas para venir a juntarse con los luchadores de la gesta nacional-libertadora.

La composición del Frente de Liberación Nacional no puede ser un acuerdo de partidos

Un frente de liberación nacional no puede, pues, surgir de un acuerdo entre los partidos. En esto es preciso destacar, la diferencia que separa nuestra concepción de la tesis comunista sobre la necesidad de un “gobierno de coalición democrática”.

La opinión comunista es lógica desde el punto de vista de ellos. Razones diversas indican que no es previsible un triunfo más o menos inmediato del Partido Comunista en nuestro país, y siendo ése el único camino que admiten para solucionar integralmente los problemas, buscan crearse las mejores condiciones para actuar hasta que cumplan las etapas que consideran han de culminar con el triunfo mundial de su ideología. Por lo tanto, defienden con empeño el Estado de derecho liberal burgués, cuya real vigencia daría libertad de acción a todas las fuerzas políticas.

Al mismo tiempo, el comunismo busca otros dos objetivos: 1) influir en el gobierno, a través sus representantes en la coalición; 2) debilitar el Estado liberal-burgués, mediante la atomización de la representación política. En febrero de 1956, Rodolfo Ghioldi propició el gobierno parlamentario, y dentro de ese orden de ideas está la consigna del gobierno “de coalición democrática”.

La oligarquía también desea la representación proporcional, porque sabe que sobre la anarquía política y los mosaicos en que se divide la representación política, pueden influir los poderes económicos, que nunca actúan anarquizados.

El Frente de la Liberación Nacional debe desentenderse de los detalles que se refieren a la forma en que se divide el poder político, por cuanto va al cambio de las estructuras. Busca la toma del poder para iniciar el proceso de la emancipación nacional frente al imperialismo y la sustitución del régimen social por otras estructuras, donde la clase trabajadora tenga participación directa en las decisiones de gobierno.

El reformismo

Participar —aunque ello fuese posible— en el régimen que deseamos combatir sería adoptar el reformismo y abandonar la vía revolucionaria. El reformismo constituye una defensa de las instituciones (que han caducado. Cuando esas instituciones entran en contradicción con la realidad social, cuando las nuevas fuerzas que aspiran al poder hacen valer imperiosamente sus reclamos, el reformismo cumple la doble función de frenar la dinámica dentro del campo revolucionario y de ofrecer paliativos para la situación en crisis. Pero el reformismo no es un elemento de la nueva organización

social, sino un engranaje del orden de cosas que ha entrado en descomposición. Es una demostración más de que el hecho revolucionario es imprescindible, y aunque a veces pueda demorarlo, no lo evita, porque la coyuntura revolucionaria permanece sin modificar. Un país pobre debe superar sus problemas a costa del sacrificio común, que solamente puede lograrse cuando el sistema distributivo está orientado hacia el bien común.

El peronismo y el Frente de Liberación

En la Argentina el advenimiento del peronismo no solamente significó mayores salarios visibles e invisibles, mejores condiciones de trabajo, sino también una transferencia del poder social hacia los grupos inferiores de la escala social capitalista. La coyuntura actual indica que el programa no puede limitarse a una restauración de esas conquistas, sino que debe instaurar un nuevo orden social que supere al de la Constitución de 1833 y también al de la Constitución de 1049.

Eso no implica, como podría deducirse apresuradamente, que el Frente de Liberación Nacional constituya una superación del peronismo. Por el contrario, *el peronismo es parte insustituible y fundamental del Movimiento*.

El peronismo constituyó una revolución auténtica tanto en lo político como en lo económico y social. Creer que sus realizaciones consistieron —como sostienen algunos teorizantes de la oligarquía— en el aprovechamiento de las divisas acumuladas para crear una transitoria euforia económica de la cual se hizo participar a la clase obrera mediante la legislación del trabajo, implica desconocer el problema. En primer lugar, podría mencionarse que después de la otra guerra también hubo una gran acumulación de divisas, y sería bueno que los críticos del peronismo estudiaran en qué forma se dilapidaron esas divisas, sin promover la industrialización del país ni mejorar sustancialmente el nivel de vida de los obreros. Pero las transformaciones operadas durante el gobierno de Perón fueron de fondo, pues se crearon mecanismos que aseguraban el control de la moneda, del crédito y del comercio exterior; mientras se fortalecía la central de los trabajadores y se le daba participación en las decisiones políticas y de gobierno. A partir del reconocimiento del carácter trascendental de esas realizaciones del peronismo, postulamos que los nuevos problemas creados en el país y en el mundo requieren que ese espíritu revolucionario abandone toda complaciente contemplación del pasado para dar formas de acción y contenido programático que enfrenten la realidad dramática de esta nueva etapa.

El programa revolucionario de 1945 no puede ser el programa revolucionario de 1959, ni los métodos operativos tampoco los mismos. En 1945, Perón dijo: “Empieza el gobierno de las masas populares”. El sabe, mejor que nadie, que la vigencia del Movimiento está dada no por el apego a fórmulas cristalizadas en un período dado, sino en su dinámica revolucionaria, que lo afirma como movimiento nacional-libertador.

La clase trabajadora

Al analizar el papel de la clase trabajadora en el Frente de Liberación, debe partirse del hecho concreto de que la lucha de clases existe y no se trata, como sostiene la reacción, de un invento comunista. El marxismo ha analizado el problema, pero no lo ha creado, porque la lucha de clases no es una teoría sino un hecho. Esto, que ha sido reconocido por la extrema derecha más esclarecida de los países europeos, constituyo

una herejía para la oligarquía argentina que, siempre “idealista”, sostiene que la lucha de clases es producto de la prédica de los demagogos y los comunistas, y no una resultante del régimen social. Algunos pequeños *maccarthys* infiltrados en el movimiento popular difunden estos puntos de vista, contribuyendo a sembrar el divisionismo.

La lucha de clases no es un problema de sentimientos ni de ideas. Es algo concreto, resultante de la estructura económica. Por lo tanto, querer solucionar los problemas de ella derivados por medio de fórmulas conciliadoras es creer en la magia negra y ser tan reaccionario como los que niegan su existencia.

Hay que ir a la modificación de la estructura que provoca la lucha de clases y la opresión de la clase proletarizada. Esto no es un planteo comunista, sino un planteo real del problema nacional. Dentro de las actuales estructuras no hay posibilidad de emancipación. Los terratenientes dependen de los intereses de Gran Bretaña. La burguesía industrial, en su mayor parte, está subordinada o deseando subordinarse al imperialismo y se apoya en él para acentuar su predominio interno. Como clase carece de empuje, y lejos de afirmarse como clase nacional —para lo cual contó con el impulso que dio el gobierno de Perón al desarrollo industrial— pactó sistemáticamente con la oligarquía vacuna y con las fuerzas colonialistas. *La liberación nacional y la revolución social no son dos asuntos independientes o paralelos, sino un solo problema indivisible.*

El estadio económico de nuestro país rechaza como utópica la solución de la dictadura del proletariado. Reducirse a la clase trabajadora sería asegurar la derrota del Frente de Liberación, reducirlo y parcializarlo en concesión a. planteos teóricos o a infantilismos revolucionarios. Los trabajadores del campo, los estudiantes, la pequeña burguesía, parte de la burguesía industrial no dependiente del imperialismo son parte del Frente de Liberación. El proletariado tendrá papel fundamental como clase combativa y cohesionada, será el eje sobre el cual se apoyarán todas las fuerzas nacionales, la primera avanzada y el último baluarte de las reivindicaciones nacionales.

Los trabajadores argentinos están maduros para ello. Desde 1955 se les han tendido todas las trampas, ideológicas y prácticas para eliminarlos como fuerza. Tanto la tiranía militar como el gobierno actual los han querido reducir al “apoliticismo”, encerrándolos en el círculo de hierro de la lucha por salarios y condiciones de trabajo. Al mismo tiempo, la oligarquía se asegura contra cualquier vía de escape proscribiendo a los partidos que agrupan a la gran mayoría de la clase obrera. Aparentemente están reducidos a la impotencia: los sindicatos, privados de tomar posición frente a los problemas nacionales; los obreros, impedidos de votar por los partidos que los interpretan. La clase dirigente cuenta con haberlos confinado a la mansedumbre gremial y a la opción entre las diversas fracciones reaccionarias que disputan el poder político.

Los trabajadores han eludido una y otra trampa. La primera, insistiendo en los planteos políticos nacionales, aunque para ello deban llenar las cárceles de todo el país. Los trece puntos del MOU son una prueba de cómo el proletariado encara su responsabilidad frente al drama del país. En cuanto a la proscripción política, no hace más que acelerar el proceso revolucionario, descartando las débiles tesis reformistas de los triunfos parciales dentro del régimen de explotación. Al cerrarles los caminos comiciales la oligarquía gobernante pone de manifiesto que la democracia no está identificada con el liberalismo sino todo lo contrario.

Los estudiantes

La juventud universitaria ha tomado rápidamente las posiciones que le aseguran un rol preponderante en la campaña emancipadora. La solidaridad obrero-estudiantil, que en algún momento fue *slogan* de propaganda que no disimulaba el profundo divorcio entre el pueblo y el movimiento estudiantil, es ahora una realidad. El proceso no ha sido fácil, porque toda una retórica aparentemente revolucionaria e izquierdista servía, muchas veces, para determinar actitudes que eran, en la práctica, profundamente reaccionarias. No es ésta la oportunidad de examinar las causas de ese fenómeno — estimulado por las torpezas de la burocracia peronista— pero interesa destacar que al cumplirse el plan Prebish-Alsogaray caen destruidas, junto con la soberanía y la riqueza nacional, los esquemas ideológicos artificiales. Quedan los intereses y los conflictos al desnudo, cobrando máxima intensidad. El agrupamiento ficticio, las postulaciones supuestamente progresistas desaparecen ante el dramatismo de los hechos. El estudiantado va, progresivamente, plegándose a las fuerzas del pueblo, que necesita de él.

La cuestión del Ejército

Un filósofo afirmó que “los hombres aman en silencio las verdades peligrosas”. El tema de las fuerzas armadas argentinas es una verdad peligrosa, que pocas veces se toca con plena sinceridad. Siendo el Ejército un factor de poder, protagonista de los golpes en el término de treinta años, un político tiene siempre la precaución de no cortar los puentes. Si lo critica, se apresura a añadir alguna frase aclaratoria de que no combate a la institución ni a muchos de sus oficiales, sino a los directos responsables de la acción incriminada. También se deja a salvo la opinión de que dicha acción evidentemente no puede representar el sentir de la mayoría de los integrantes del Ejército, etcétera. Nunca falta la referencia a los méritos del pasado y a los grandes jefes, ni los consabidos votos por una rectificación que se reconoce como poco menos que inminente.

Un análisis de las formas que tomará la lucha del pueblo por la liberación nacional no puede eludir el tema del Ejército, ni presentarlo con moños y cintitas que disimulen el pensamiento. Las fuerzas armadas no son una categoría ideal, rodeada de determinados atributos que forman parte de su esencia. Son instituciones humanas, que actúan para bien o para mal, de acuerdo con los hombres que circunstancialmente están al frente de ellas. El Ejército argentino no es ni mejor ni peor que los hombres que lo componen. Los méritos y la tradición heroica, tienen importancia actual sólo en cuanto marquen una línea de conducta que se mantenga. Si afirmo que desde 1955 el Ejército es la guardia pretoriana de la oligarquía, el brazo armado del privilegio económico, no estoy cometiendo una irreverencia ni tengo que aclarar que no me estoy refiriendo al Ejército de San Martín. Si hablo de los asesinos, estoy pensando en Quaranta y no en Baldrich, en Aramburu y no en Savio, en Osorio Arana y no en Mosconi. Es decir, contemplo al Ejército objetivamente y mi juicio alcanza sólo a su actuación durante la etapa mencionada. De la misma manera que los tribunales de honor que se ensañaron con los jefes de la era peronista, no intentaban infamar a la institución sino a esos jefes.

El Ejército puede ser instrumento de liberación o de esclavitud. No hay ningún determinismo histórico —ni siquiera de clase— que pueda anticiparnos la respuesta para un período dado. Juzgar a todos los oficiales argentinos por las acciones de algunos jefes es injusto; también lo es circunscribir a esos jefes la responsabilidad, y máxime cuando hace años que estamos acostumbrados a ver que las guarniciones actúan como

soviets que formulan planteos y fuerzan decisiones.

Hay ciertos factores determinantes de una actitud nacionalista en los Ejércitos sudamericanos, factores que van desde el peso de la tradición en las guerras emancipadoras hasta la necesidad de fomentar la industria pesada. Pero el Ejército argentino hace tiempo que está enfrentado al pueblo, a los intereses nacionales. Contaminado con la deformación idealista del aparato de propaganda oligárquico-imperialista, considera la patria como algo desencarnado de la realidad, independiente del hombre argentino. La patria está en las arengas, en las formas exteriores del culto castrense. Los millones de hombres y mujeres que sufren y trabajan son masa ineducada, o enemigos potenciales, cuando no comunistas agazapados para destruir los valores espirituales de la Nación.

¿Hasta cuándo persistirá este equívoco, este trágico divorcio entre pueblo y fuerzas armadas? Formular la pregunta es ya insinuar la esperanza de una rectificación en la conducta antipopular de las instituciones militares. Cosa que no ocurrirá porque en forma más o menos caprichosa cambien de modo de pensar sus oficiales superiores. Dejando de lado el pequeño núcleo que comparte con la oligarquía el desprecio por el pueblo, es posible que una parte apreciable de la oficialidad imponga otros rumbos, pero solamente cuando comprendan que la soberanía nacional no consiste en mantener el *statu-quo* actual sino en quebrarlo participando activamente en la lucha antiimperialista. Cuando vean que esa tarea no es función de las elites del poder sino de todas las fuerzas nacionales. Es decir, cuando vean que la cuestión nacional no tiene solución sin resolverse revolucionariamente la cuestión social. Cualquier política que se aparte de este planteo se vuelve, automáticamente, antinacionalista, porque identifica la patria con los intereses de un pequeño sector privilegiado y antinacional. Tal vez ya estén pensando que por algo es que sus bayonetas siempre están apuntando al pecho de sus hermanos.

Una cosa es esperar que las fuerzas armadas —al menos el sector con sentido nacional— integren, en algún momento, el Frente de Liberación Nacional, y otra muy diferente propiciar el golpe militar. Los grupos que luchan por el poder dentro del régimen imperante cultivan los contactos cuarteleros y, quien más quien menos, ha depositado su confianza en tal o cual hombre de espada. Muchos militantes de los movimientos populares también confían en golpes salvadores. El “golpismo” es una psicosis perfectamente explicable en momentos de angustia. Ofrece soluciones fáciles y rápidas, cambios fulminantes que se abren de la noche a la mañana.

Hay en el ambiente golpes paralelos y golpes coincidentes, golpes organizados por animales fabulosos y multicolores y golpes preparados por sigilosas hermandades castrenses. Tal vez alguno de ellos encierre el secreto de alivios bienhechores.

El gobierno de Frondizi ha vivido en la zozobra de una serie de conspiraciones, mediante las cuales el sector reaccionario le ha dictado una política que contradice su programa electoral. Un nuevo golpe que pusiese término a este estado de cosas gozaría del beneplácito general. Pero, cualesquiera sean las probabilidades de que eso suceda, el golpismo debe ser desterrado como forma de lucha en un Frente de Liberación. Distrae energías de los esfuerzos fundamentales, alienta esperanzas siempre postergadas, ofrece engañosos atajos que paralizan la actividad más larga, más penosa y más complicada de la rebelión popular.

El programa revolucionario

Las formas de la lucha surgirán de los propios acontecimientos, como respuesta a los obstáculos que oponga el enemigo. Desde las acciones cuidadosamente planificadas bastan aquellas que surjan de la iniciativa y el ingenio de la masa. El imperialismo no es invencible, como pretenden los pusilánimes y los que carecen de sentido heroico de la vida. La historia no conoce fatalismos, porque es el producto de la voluntad humana. Y un pueblo dispuesto a luchar por su liberación tiene inagotables reservas de energía. Al agruparse en un Frente de Liberación Nacional ubica a sus enemigos y a sus amigos, y determina los objetivos mediatos e inmediatos. Las fuerzas de represión se anarquizan en la medida en que el Frente de Liberación se coordina y cobra empuje hasta volverse invencible.

Los esfuerzos parciales serán destruidos uno a uno. Una fracción, por más bien intencionada que fuere, que tomase el poder, sería luego impotente frente al problema argentino. El imperialismo exacerbaría los conflictos y armaría el brazo de los cipayos. La maquinaria montada desde 1955 resistiría con la inercia y el sabotaje.

Las fórmulas intermedias de un grupo —militar o no— buscando transacciones con el pueblo e intentando conciliaciones imposibles en el terreno económico estarían condenadas ni fracaso. Una política semejante tendría algún sentido en épocas de expansión, en que el producto nacional permite márgenes de mejoramiento en el nivel de vida de las clases explotadas sin alterar sustancialmente las estructuras de explotación.

Sobre el pueblo recaerá el peso de la liberación, donde el peronismo y la clase obrera tomarán decididamente el papel que les asigna la historia. El pueblo será también el que cumpla el programa revolucionario, antes y después de tomar el poder, sabiendo que será el beneficiario directo de los progresos y participante directo en la planificación y en la conducción del gobierno.

A la política de abandono del control del comercio exterior y del sistema bancario, hay que oponer una política de racionalizaciones, actualizada y aplicada directamente a la actual realidad. A la política del desarrollo industrial bajo la hegemonía del imperialismo, debemos oponer una política de desarrollo armónico sobre la base del desarrollo industrial independiente.

La oligarquía terrateniente es el enemigo jurado del pueblo y de la Nación. Debemos levantar con audacia revolucionaria un gran programa de reforma agraria, que en los hechos signifique la expropiación de la oligarquía parasitaria y su eliminación como clase.

Frente a la política de sometimiento al imperialismo occidental, debemos reivindicar la política de tercera posición, solidaria con los pueblos oprimidos de todo el mundo, y mantenernos alejados de los bloques alineados para la guerra fría o la guerra caliente.

Un plan así sólo puede ser defendido por el pueblo y cumplido por el pueblo. Ningún partido, ninguna clase, ningún grupo puede por sí solo encarar los gigantescos escollos técnicos y operativos que presentaría.

Cualquier Movimiento de Liberación que intente cumplir ese programa será atacado desde adentro y desde afuera. Las internacionales del imperialismo lo señalarán como antidemocrático y como totalitario. Seguramente hasta afirmarán que es comunista.

Pero destruir a la oligarquía es, en realidad, defender a la Nación. Cambiar las estructuras liberal-burguesas por otras que aseguren el justo reparto del producto social, significa dar contenido nacional a la revolución haciendo de la patria la tierra. Romper las ligaduras imperialistas implica restaurar una unidad real y encarnada en la tierra y

en el hombre de una soberanía en plenitud.

El liberalismo no es un hecho *natural*, como dicen los reaccionarios, sino un hecho *histórico*. Al combatirlo no se entra en pugna con ningún valor ético ni religioso, sino con los armazones ideológicos erigidos por los privilegiados para defender su condición de tales. El régimen liberal debe ser desalojado por la violencia porque se mantiene por la violencia. Se mantiene por una violencia clasista, persecutoria, revanchista. La violencia del hecho revolucionario popular no es revanchista ni se ejerce contra las ideas y los hombres, sino contra los obstáculos que impiden la plena libertad del hombre y la plena soberanía de la Nación.

El liberalismo invoca fundamentos idealistas para subsistir, pero es en realidad una filosofía tan materialista como el marxismo, porque está basado en el mantenimiento de situaciones que son estrictamente económicas. Ataca el materialismo comunista, pero glorifica su propio materialismo basado en el incentivo de la ganancia y en la explotación del capital.

La revolución del Frente de Liberación Nacional es por su esencia humanista, porque entronca con las más puras tradiciones de la Patria, porque concibe a la Nación y a Latinoamérica viviendo en total soberanía y porque concibe un hombre libre en una tierra libre.